

Teorías de la interpretación en la hermenéutica y la filosofía analítica*

[Theories of Interpretation in Hermeneutics and Analytical Philosophy]

AXEL BARCELO

Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Nacional Autónoma de México
abarcelo@filosoficas.unam.mx

Resumen: En “Elementos esenciales de una hermenéutica analógica”, Mauricio Beuchot trata de ubicar su hermenéutica analógica como una posición intermedia entre lo que él llama el univocismo y la hermenéutica alegórica. En este comentario busco mostrar, tomando como punto de partida que los objetivos teóricos de la hermenéutica no se encuentran muy distantes de los de las teorías analíticas de la interpretación, que el debate sobre el papel de los elementos extralingüísticos en la interpretación es mucho más complejo de lo que el trilema de Beuchot sugiere.

Palabras clave: Beuchot, contextualismo, lenguaje, contexto, hermenéutica analógica

Abstract: In “Essential Elements for an Analogical Hermeneutics”, Mauricio Beuchot seeks to place his analogical hermeneutics in a position between what he calls univocism and allegorical hermeneutics. In this commentary I intend to show, taking into account that the theoretical goals of hermeneutics are not so different from those of analytical theories of interpretation, that the debate over the role played by extralinguistic elements in interpretation is much more complex than what Beuchot’s trilemma suggests.

Key words: Beuchot, contextualism, language, context, analogical hermeneutics

Si hemos de buscar un tema en el cual la hermenéutica y la filosofía analítica (y sus herederos naturalistas) puedan lograr un diálogo productivo, es difícil pensar en un mejor candidato que el tema de la interpretación. La interpretación es el tema central que da sentido a la hermenéutica, y es también un tema central en la tradición analítica desde finales del siglo XIX hasta la fecha. Al leer “Elementos esenciales de una hermenéutica analógica” de Mauricio Beuchot es difícil no darse cuenta de que ambas tradiciones tienen preocupaciones similares y que las propuestas de una no pueden sino enriquecer la perspectiva de la otra. El objetivo de mis comentarios será entonces empezar a señalar algunos puntos de contacto entre la hermenéutica —en particular, la

*Este texto se presentó como réplica a la ponencia de Mauricio Beuchot en la Cátedra Diánoia celebrada el 3 de septiembre de 2014 en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM.

hermenéutica analógica— y la filosofía analítica —en particular, la filosofía analítica que se hace actualmente en México—.

El punto de partida para mi reflexión será la distinción que Beuchot establece, en el texto mencionado, entre tres tendencias en la hermenéutica: el univocismo, la hermenéutica alegórica y la hermenéutica analógica. Tal como la presenta Beuchot, esta última se ofrece como una alternativa intermedia entre los extremos univocista y alegorista:

De este modo, una hermenéutica analógica tendrá como actitud característica, o como virtud propia, evitar los extremos de una hermenéutica univocista y de una hermenéutica equivocista. La primera, [...] sólo acepta una única interpretación como válida y todas las demás las considera inválidas o inadecuadas [...] En cambio, está claro que una hermenéutica equívoca, [...] es la hermenéutica relativista extrema que [...] considera válidas casi todas las interpretaciones, si no es que todas, alegando que no hay criterios claros para decidir cuándo una interpretación es adecuada y cuándo no [...] Como se ha visto, una hermenéutica analógica trata de colocarse entre las dos anteriores e intenta evitar los defectos y aprovechar los beneficios de ambas posiciones.¹

Sin embargo, uno debe ser muy cuidadoso con posiciones que se definen como “intermedias” o moderadas. Siempre es fácil ocupar una posición intermedia cuando es uno el que define los extremos, es decir, cuando los extremos son hombres de paja que construimos para que, en comparación con ellos, nuestra posición se vea moderada. Por lo tanto, cuando tratamos con una posición que se autodenomina intermedia, es fundamental entender bien con qué posiciones extremas se define. Después de todo, todos queremos ser moderados. Todos reconocemos a la *phrónesis* como una virtud. Nadie quiere adoptar una posición “extrema”, y si termina defendiéndola es sólo como último recurso. Las posiciones “extremas” o “radicales” son las posiciones que toman quienes han intentado ser moderados pero no han encontrado justificación suficiente para asirse a tales posiciones cómodas, por lo que terminan resignándose a tomar otras que, a primera vista, parecieran menos atractivas. A decir verdad, es raro el filósofo que llama a su propia posición “extrema” o “radical”: los extremistas o radicales son siempre los otros.

En este tenor, antes de entrar de lleno a analizar la hermenéutica analógica como propuesta moderada, es importante dejar claro qué está en cuestión y qué no lo está. Por ejemplo, si bien el debate concierne a

¹ Beuchot 2015, pp. 136–137.

la relación entre texto e interpretación, no es entre quienes defienden que el texto determina la interpretación, quienes creen que el texto y la interpretación son independientes y, entre esos dos contendientes, quienes consideran que el texto restringe, pero no determina, la interpretación. No, no es así. Reconocer que en la interpretación el texto desempeña un papel importante, que restringe, pero no determina, la interpretación, es el punto de partida del trilema entre univocidad, analogía y alegoría, no su conclusión. Todos reconocemos que interpretar requiere “poner un texto en su contexto” —para usar las palabras de Beuchot—. Esto significa que todos somos ya hermeneutas o, para emplear el término de uso en la tradición analítica, que todos somos contextualistas. (A decir verdad, me parece que una buena manera en que el filósofo analítico puede acercarse a la hermenéutica analítica es concibiéndola como un tipo de contextualismo moderado.) En otras palabras, no es controvertible que haya elementos extralingüísticos (contextuales) que afecten el contenido que expresan nuestras oraciones. Lo que sí es problemático es determinar (1) a qué nivel o qué aspectos del contenido afecta el contexto, (2) qué elementos extralingüísticos del contexto afectan al contenido, (3) cómo lo afectan y (4) qué oraciones o partes de oraciones son afectadas. Gran parte de la filosofía del lenguaje de la tradición analítica se ha dedicado a buscar respuestas para estas cuatro preguntas, pues ellas definen muy bien una agenda de investigación clara sobre el *qué* y el *cómo* de la interpretación.

Una vez identificadas estas cuatro cuestiones, tenemos ya un espacio lógico para ubicar nuestras teorías de la interpretación o hermenéuticas. Por ejemplo, respecto a la primera pregunta no basta decir que una posición moderada es la que ocupa un espacio intermedio entre, por un lado, los que sostienen que *ningún* aspecto del contenido es afectado por el contexto y, por otro lado, los que sostienen que el contexto afecta *todos* los aspectos del lenguaje. Como decía antes, sería muy difícil encontrar un teórico de la interpretación que sostuviera alguna de esas dos tesis extremas. Sería raro encontrar un filósofo o lingüista que dudara de que, en ciertos niveles retóricos o alegóricos, la interpretación se nutre de elementos extralingüísticos. El debate real está en determinar qué aspectos o en qué nivel el contenido es afectado por el contexto y de qué manera. Algo similar sucede respecto a la segunda pregunta: ¿qué elementos extralingüísticos del contexto afectan el contenido? Nadie sostiene las posiciones extremas de decir que *ningún* elemento extralingüístico afecta el contenido de lo que decimos o que, para interpretar cualquier texto, siempre hay que tomar en cuenta *todos* los elementos extralingüísticos existentes. Está claro que, por ejemplo,

cuando alguien dice algo como “Ayer cociné yo mismo”, hay un aspecto importante de lo que nos está diciendo que sólo podemos interpretar si tomamos en cuenta quién está hablando (para poder saber a quién refiere su uso de la palabra “yo”) y cuándo lo está haciendo (para determinar a qué día se refiere con su uso de la palabra “ayer”). Es por ello que decir que los elementos contextuales como quién habla, cuándo lo hace y dónde lo hace afectan la interpretación de nuestras palabras no es algo controvertible (García-Ramírez 2010).

En el otro sentido, nadie duda de que para entender lo que el hablante literalmente dijo cuando emitió las palabras “Ayer cociné yo mismo”, hay ciertas cosas que podemos saber sobre el hablante que son irrelevantes para interpretar su emisión. Tal vez sea irrelevante que al hablante le hayan extirpado el apéndice o que haya expirado su licencia de manejo. Todos estamos de acuerdo, insisto, en que hay ciertos elementos del contexto que hay que tomar en cuenta para interpretar algunos aspectos de ciertas emisiones lingüísticas. El verdadero trabajo teórico consiste en determinar qué elementos del contexto, qué aspectos y qué emisiones, y las respuestas “nada” o “todo” no suelen ser opciones genuinas. Esto se aplica también a la cuarta de las preguntas que recién he enumerado: nadie sostendría que ninguna expresión lingüística es sensible al contexto, y muy pocos defenderían que toda expresión lo es, o que todas lo son de la misma manera. Es obvio que palabras como “hoy”, “ahí”, “tú” y “eso” nos invitan a considerar el contexto en que se usan para determinar un aspecto importante de su contenido (lo que llamamos su *referente* o *denotación*). Pero ¿sucede lo mismo con expresiones como “magnesio”, “ $\text{seno}(\pi)=0$ ” o “realidad”? Y, si no es así, ¿por qué no?

En este amplio espacio teórico es posible encontrar posiciones extremas que no son muñecos de paja: por un lado, están los que sostienen que hay elementos extralingüísticos que afectan el contenido de una oración, pero no de toda oración, sólo de algunas, y que esos elementos están determinados lingüísticamente y afectan a ese contenido en formas y circunstancias específicas. Por otro lado, están los que defienden que hay elementos extralingüísticos que afectan el contenido que expresa toda oración, no sólo algunas oraciones, y que esos elementos no están determinados lingüísticamente ni afectan el contenido sólo en circunstancias o maneras específicas. En medio de estos polos encontramos toda una serie de posiciones intermedias que podríamos llamar “contextualismos moderados” (Ezcurdia 2009). En vez de una posición intermedia, lo que hay es todo un espacio de posiciones intermedias,

cada una con su propia manera de tratar de mantener el difícil equilibrio entre un extremo y otro.

Finalmente, no debemos olvidar que la interpretación es también un proceso y, como tal, cualquier teoría que busque darle sentido debe explicar también los mecanismos o reglas que subyacen en él, ya sean *de facto* o *de jure* (Ezcurdia y Stainton 2013). Entre otras cosas, debe determinar si las reglas que gobiernan la interpretación forman parte del conocimiento que tenemos de nuestro lenguaje o si, más bien, son reglas generales de coordinación e interacción social (Curcó 1995). Este tipo de preguntas son las que han definido la agenda de discusión de los teóricos de la interpretación en filosofía del lenguaje en la tradición analítica y las que, creo yo, podrían ayudar a enriquecer también el debate en la hermenéutica.

Además de estas cuestiones teóricas, surgen también preguntas a un nivel más bien metateórico. Por ejemplo, es pertinente preguntarse qué es lo que está en juego detrás del debate entre univocidad, analogía y alegoría. En otras palabras, si la hermenéutica analógica es la respuesta, ¿cuál es la pregunta? En el caso de la tradición analítica, la preocupación es claramente epistemológica: la pregunta central que parece haber guiado gran parte de la filosofía del lenguaje en el último siglo es qué relación hay entre la información que de hecho parecemos obtener al escuchar a otra gente hablar y la experiencia misma de escuchar a dicha gente. La información que aparentemente obtenemos parece ser demasiado compleja, y lo que escuchamos parece muy simple. Es obvio que otras cosas deben estar en juego, pero la cuestión es ¿qué otras cosas y qué papel desempeñan exactamente? Desde esta perspectiva, esta parte de la filosofía del lenguaje parece ser más bien una rama de la epistemología (aplicada). Después de todo, la interpretación es un proceso de descubrimiento. Al interpretar un texto, descubrimos su sentido o, más bien, sus sentidos. La pregunta es ¿cómo lo hacemos? Y ¿a partir de qué información? Está claro que parte de la información que necesitamos para interpretar un texto es información lingüística, no sólo sobre el texto mismo, sino también sobre el lenguaje al que pertenece. También es obvio que esta información no es suficiente. Sin embargo, aún no hay consenso acerca de qué otras cosas son necesarias, en qué casos y por qué.

También es importante preguntarse cómo comparamos una teoría hermenéutica con otra. Una vez que sabemos qué está en juego y qué es lo que queremos explicar del fenómeno de la interpretación, el siguiente paso es determinar a qué evidencia hemos de apelar para elegir entre una teoría hermenéutica u otra. Así como hay criterios claros para

decidir cuándo una interpretación es adecuada y cuándo no, también debe haber criterios para juzgar si una teoría hermenéutica es adecuada o no. Por ejemplo, en años recientes ha quedado cada vez más claro que, independientemente de qué forma termine tomando nuestra teoría, la hermenéutica ha de ser una disciplina empírica. Sin embargo, determinar exactamente en qué sentido ha de serlo no es algo trivial. ¿Qué datos empíricos son relevantes y cómo se relacionan con nuestras teorías de la interpretación? En relación con esto, hay dos enfoques generales para entender la relación entre la teoría y los datos. En el primero, que podríamos llamar externalista, lo que obtenemos por vía de la experiencia son, esencialmente, datos sobre el uso del lenguaje. En consecuencia, cuando nuestras teorías hablan de “significado”, “interpretación” o “contenido”, estos términos adquieren un carácter técnico y se definen en la misma teoría. Esto significa, entre otras cosas, que sus referentes no se pueden detectar directamente a través de ningún tipo de observación o experimento. Son lo que solía llamarse “inobservables” (van Fraassen 1980). En consecuencia, preguntar a los hablantes “¿qué es lo que el hablante quiere decir?” no tiene mucho sentido, y diseñar experimentos en los que se les hace este tipo de preguntas a los sujetos tiene poca utilidad teórica (Williamson *en prensa*).

Sin embargo, hay un segundo enfoque metodológico más antiguo en la filosofía del lenguaje y que podríamos llamar “internalista”. Para éste, además del uso lingüístico, nuestras teorías del lenguaje (del significado, la interpretación, etc.) deben también rescatar y/o dar cuenta, en la medida de lo posible, de nuestras propias intuiciones sobre lo que significan nuestras expresiones lingüísticas. Por lo tanto, en estas teorías “significado” o “interpretación” no son términos teóricos técnicos, sino que se refieren a lo que todo mundo conoce como “significado” e “interpretación”. En consecuencia, determinar experimentalmente qué intuiciones tienen los hablantes sobre cuál es el significado o cómo debe interpretarse un texto o emisión sí tiene mucha utilidad teórica. Según esta perspectiva, una teoría hermenéutica que tenga como consecuencia que los hablantes están sistemática y masivamente equivocados en su introspección sobre lo que significan las cosas o lo que se dice en situaciones lingüísticas concretas debe rechazarse por insatisfactoria.

Si tengo razón en lo que hasta ahora he expuesto, entonces la hermenéutica y la filosofía analítica del lenguaje no son tan distantes. Tal vez lo que las distingue sea sólo una diferencia de temperamento, que se manifiesta de manera sutil en, por ejemplo, el tipo de ejemplos que preferimos. Nuestros libros y artículos están llenos de ejemplos cotidianos y hasta a veces “de juguete” como “Aquí estoy” (García-Ramírez 2010),

“Olivia es alta” (Mena *en prensa*), o “Está lloviendo” (Clapp 2010), los cuales invariablemente resultan mucho más complejos para su interpretación que lo que su simplicidad sugiere; mientras que los hermeneutas suelen preferir ejemplos solemnes como la Biblia, *Altazor* o el cine de Tarkovski, los cuales también son muy difíciles de interpretar pero, a diferencia de los ejemplos aparentemente simples que pueblan la filosofía analítica, su complejidad es notoria.

¿Cómo caracterizar esta diferencia de temperamentos? En 2006 fui invitado a presentar una conferencia en el Segundo Encuentro Iberoamericano de Estudiantes de Filosofía en Maracaibo, Venezuela. Ahí escribí:

Políticamente, [la tradición analítica y la hermenéutica] corresponden a dos miedos fundamentales a la base del pensamiento moderno: Por un lado, el miedo a la anarquía caótica y, por el otro, el miedo al totalitarismo. Es decir, por un lado, el miedo a una falta de orden social, frente al miedo de un exceso de orden y control. Ontológicamente, esta dualidad se presenta entre el miedo al caos y el miedo al determinismo. En la lógica y la filosofía del pensamiento, podemos distinguir a aquellos que temen al relativismo y el “todo se vale”, y los que temen al control y la uniformidad de pensamiento, los que temen que todos piensen como se les de la gana y los que temen que todos piensen igual: pensadores del orden y pensadores de la diferencia. En epistemología, esta dualidad se enfrenta entre Positivistas y Orwellianos: aquellos que más temen a la superstición —que exageradamente identifican con la mera opinión o *doxa*— y los que más temen a la censura.

A este respecto, la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot también trata de posicionarse en un lugar intermedio: en este caso, entre la tradición hermenéutica y la analítica. Pero este lugar intermedio no trata de ser una tercera alternativa, sino un puente entre ambas tradiciones. Es en este espíritu que espero que mis comentarios también sirvan para construir un puente que favorezca el diálogo entre nuestras tradiciones filosóficas.

BIBLIOGRAFÍA

- Beuchot, M., 2015, “Elementos esenciales de una hermenéutica analógica”, *Diánoia*, vol. LX, no. 74, mayo de 2015, pp. 127–145.
- Clapp, L., 2010, “Unarticulated Tension”, en F. Recanati, I. Stojanovic y N. Villanueva (comps.), *Context-Dependence, Perspective and Relativity*, Mouton de Gruyter, Berlín/Nueva York, pp. 6–19.

- Curcó, C., 1995, "Some Observations on the Pragmatics of Humorous Interpretations. A Relevance Theoretic Approach", *UCL Working Papers in Linguistics*, vol. 7, pp. 27–47.
- Ezcurdia, M., 2009, "Motivating Moderate Contextualism", *Manuscrito*, vol. 32, pp. 153–199.
- Ezcurdia, M. y R. Stainton, 2013, *The Semantics-Pragmatics Boundary in Philosophy*, Broadview Press, Peterborough, Canadá.
- García Ramírez, E., 2010, "Wookiee Statements, Semanticism, and Reasonable Assertion", *Revista de Filosofía*, vol. 35, no. 2, pp. 129–143.
- Mena, R., (en prensa), "The Quietist's Gambit".
- Van Fraassen, B.C., 1980, *The Scientific Image*, Clarendon Library of Logic & Philosophy, Oxford University Press, Oxford.
- Williamson, Timothy, (en prensa), "Review of Joshua Alexander's *Experimental Philosophy*".

Recibido el 9 de febrero de 2015; aceptado el 2 de mayo de 2015.